

El dÃ±a de maÃ±ana. Por Santiago Gil

miÃ©rcoles, 02 de enero de 2008

Modificado el miÃ©rcoles, 02 de enero de 2008

EL DÃ±A DE MAÃ±ANA

Por Santiago Gil

Supongo que el dÃ±a de maÃ±ana ya ha llegado. Quedaba lejos cuando nos lo repetÃ±an a todas horas nuestras abuelas y los maestros que trataban de hacer de nosotros hombres y mujeres de provecho. Siempre te estaban preguntando que quÃ© querÃ±as ser cuando fueras mayor.

EL DÃ±A DE MAÃ±ANA

MÃºsica de PapagÃ¼evos II

Santiago Gil

Supongo que el dÃ±a de maÃ±ana ya ha llegado. Quedaba lejos cuando nos lo repetÃ±an a todas horas nuestras abuelas y los maestros que trataban de hacer de nosotros hombres y mujeres de provecho. Siempre te estaban preguntando que quÃ© querÃ±as ser cuando fueras mayor. Quedaba bien elegir lo que a uno le daba la gana, y nunca habÃ±a nadie que pusiera pegajos a nuestras ilusiones mÃ¡s o menos improvisadas. A nosotros, la verdad, nos daba lo mismo ese dÃ±a indefinido y lejano al que pensÃ±bamos que nunca acabarÃ±amos llegando. Uno en la infancia piensa que va a estar en el reino de la felicidad y de la anarquÃ±a toda la santa vida. Luego llega, no sabemos cÃ³mo, ni a partir de cuÃ¡ndo, pero un buen dÃ±a nos vemos tomando decisiones que marcan el futuro de nuestra existencia. Desde que nos decantÃ±bamos por Ciencias o Letras en el instituto ya estÃ±bamos escribiendo nuestro gran parte de nuestro porvenir, y por tanto de este futuro que cada cual lleva como buenamente puede.

Uno sueÃ±a siempre con vivir el dÃ±a a dÃ±a y con no estar pendiente de un porvenir que ni controla ni sabe siquiera si va a transitar con el resto de los humanos que vayan sobreviviendo. De niÃ±o jamÃ¡s pensÃ±bamos en el maÃ±ana. DecÃ±amos que sÃ±, que estudiÃ±bamos para ese dÃ±a lejano, y hasta repetÃ±amos de carrerilla que querÃ±amos ser abogados, periodistas, mÃ©dicos o delanteros de la UniÃ³n Deportiva Las Palmas. Pero era una forma de callar a los previsores y de seguir a los nuestro sin dar mÃ¡s explicaciones. Todo aquello era una entelequia que no tenÃ±a nada que ver con la improvisaciÃ³n de nuestros juegos y con el Ãºnico objetivo que marcaba nuestras vidas: divertirnos y estar activos y contentos todo el santo dÃ±a. Lo demÃ¡s era el aburrimiento, el sopor de la escuela, las misas interminables o los dÃ±as en cama cuando llegaba cualquier infecciÃ³n de garganta o andabas con un empacho de dulces, de nÃ±speros todavÃ±a verdes o de higos cogidos furtivamente despuÃ©s de un dÃ±a de solajero. Supongo que hubo un momento en que sin darnos cuenta nos alcanzÃ± por fin ese dÃ±a de maÃ±ana en el que ahora seguimos viviendo temerosos y siempre pendientes de la subida de las hipotecas, de la estabilidad laboral y de una salud cada dÃ±a mÃ¡s delicada y vulnerable. No tiene nada que ver este trasiego diario que no nos deja tiempo para ser nosotros mismos con la intensidad de los dÃ±as en los que sÃ±lo importaba el presente mÃ¡s palpante e inmediato.

SÃ± es cierto que hay preguntas para las que es mejor no encontrar respuestas jamÃ¡s. Aquel juego que estilÃ±bamos para quitarnos de encima a los mÃ¡s previsores se acabÃ± convirtiÃ± en realidad. A lo mejor no somos todo lo que dijimos que querÃ±amos ser cuando nos preguntaban por un futuro que nos importaba tres pitos, pero yo creo que en la mayorÃ±a de los casos lo que se decÃ±a se ha ido cumpliendo, y ahora te ves de periodista, de mÃ©dico o de abogado y te preguntas quÃ© diablos tiene que ver eso con tu vida. O te ves en el paro, o bien mirando de lejos tus sueÃ±os, y te respondes con argumentos todavÃ±a mÃ¡s descorazonadores, entre otras cosas porque nadie decÃ±a entonces que querÃ±a ser un pobre infeliz sin oficio ni beneficio, y al que repetÃ±a que no querÃ±a ser nada, que todo le daba igual, se ponÃ±an a buscarle salidas laborales sobre la marcha. Me imagino que para acallar tanto coÃ±azo acabarÃ±a aceptando lo que le pronosticaran, aquello de tÃº tienes cara de maestro, de cura o de arquitecto. Nadie decÃ±a que tenÃ±amos cara de borrachos, de parados depresivos o de hombres con mucha mala suerte y peor vida. Pero ya digo que el dÃ±a de maÃ±ana se presentÃ± de improviso y puso a cada uno donde le dio la real gana. Ya no salimos a la calle henchidos de ilusiones y con la Ãºnica intenciÃ³n de divertirnos y no desperdiciar un solo segundo de nuestra existencia. Si aÃ±oramos la infancia es precisamente por esa anarquÃ±a atrevida que no derrochaba nada de lo esencial y de lo que realmente valÃ±a la pena, y porque ademÃ¡s era la Ã©poca del descubrimiento constante y de la creencia en todos los sueÃ±os. Ahora no es que malvivamos, que cada cual seguro que tiene sus momentos de gloria y sus querencias, pero ya nadie nos pregunta por el dÃ±a de maÃ±ana con la misma intenciÃ³n que en aquellos aÃ±os. Ahora ya no te permiten cambiar y decir lo que te dÃ± la gana para quitarte de encima a los inquisidores. Eres lo que eres y estÃ±s donde estÃ±s, y a veces lo mejor es no pensar en ese dÃ±a de maÃ±ana. Piensas en Ã©l porque prÃ¡cticamente vivimos demorando todos los planes y los sueÃ±os, y estamos mÃ¡s pendientes de los pagos que nos quedan que de las alegrÃ±as que podamos encontrar. TambiÃ©n asusta pensar que al paso de otros veinte o treinta aÃ±os el referido dÃ±a de maÃ±ana nos convertirÃ± en

aquellos viejos que se sentaban a esperar a las parcas en los bancos de la plaza grande. Ya no podemos decir, por ejemplo, que queremos ser delanteros centro del GuÁ-a o de Las Palmas, y tendrÁ-amos que dar muchas explicaciones si siendo abogados o electricistas decimos que queremos ser fontaneros o mÁ©dicos, o viceversa. Ya somos lo que somos, y no se espera mucho mÁ;s de nosotros, o se espera que seamos consecuentes con lo que elegimos en su dÁ-a o con lo que nos ha tocado. Siempre se puede cambiar por completo el argumento de la historia y romper todo lo que parecÁ-a previsible, pero la mayorÁ-a deja que todo discurra como estÁ;i, y se deja llevar, siempre nos dejamos llevar: por mÁ;s que creamos que somos nosotros los que andamos, suele ser el azar el que marca las rutas. Ya digo que llegÁ³ ese dÁ-a de ma±ana en el que todos nos querÁ-an ver como hombres provecho. Nadie nos dijo que el paso del tiempo acrecienta nuestra condici³n de mortales y nos vuelve mÁ;s temerosos y previsores. Cada vez nos quedan menos alas para intentar volar. De ni±os incluso soÁ±Á;bamos con poder volar alg³n dÁ-a, pero ahora sabemos que los golpes de la caÁ-da duelen y a veces se vuelven incurables. Andamos asegurando todo lo que tenemos, y hasta nuestros huesos estÁ;n tasados con una cuota mensual que garantiza unos euros a quien nos sobreviva. No me imagino de ni±o pensando en esas previsiones. Nos preguntaban por ese futuro y contestÁ;bamos lo primero que nos venÁ-a a la mente. Era como un juego. Y ademÁ;s nunca pensÁ;bamos que llegarÁ-amos a rendir cuentas por aquellas intenciones improvisadas, pero mira por donde aquellas preguntas tenÁ-an trampa. Y cuando lo descubres ya no tienes tiempo para soÁ±arte distinto a lo que eres.

Enero de 2008.

IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL

Dise±o grÁ;jico de JosÁ© Miguel Valdivia.